

Mercedarias Misioneras
de Berriz

100 años

Significado del logo
y lema del centenario
de las primeras fundaciones

100.mmberriz.org



Lema

Al preparar la imagen del centenario, buscábamos una expresión que pudiera recoger algo muy hondo de vuestra identidad y, al mismo tiempo, comunicarlo hoy con sencillez, fuerza y claridad. No se trataba solo de encontrar una frase bonita, sino de formular una intuición capaz de unir memoria, carisma, misión y futuro.

En el centro de la reflexión aparecía con fuerza una frase de Margarita María: **«El Espíritu Redentor nos ha hecho misioneras»**. En ella está la raíz. Está el origen de una transformación. Está el dinamismo interior que ha configurado la historia de la Congregación. Está el Espíritu que llama, envía y sostiene. Y está también la misión como forma concreta de vivir ese impulso recibido.

Pero al mismo tiempo, surgía una pregunta: ¿cómo expresar hoy esa verdad de un modo breve, comprensible y abierto a quienes no conocen de cerca el lenguaje propio de la Congregación o de la Iglesia? ¿Cómo traducir la hondura del carisma sin empobrecerlo?

¿Cómo decirlo de manera que pudiera resonar dentro y fuera?

De esa búsqueda nace el lema:

**Cruzando fronteras
para dar vida**

Es una frase breve, pero cargada de sentido. En ella aparecen el movimiento, la salida, la frontera, la entrega, la fecundidad y la esperanza. No pretende sustituir la frase de Margarita María, sino acercarla a hoy. La frase fundacional nombra la fuente; el lema expresa su forma visible en el presente.

Cruzando

«Cruzando» es una palabra en movimiento. No habla de una acción terminada ni de una historia clausurada. Habla de algo que sigue sucediendo. Sitúa a la Congregación en camino, en salida, en disponibilidad. Es una palabra que no se queda quieta, que atraviesa, abre, se desplaza, busca, se expone.



**Cruzando fronteras
para dar vida**

Mercedarias Misioneras de Berriz

Esta palabra toca una dimensión muy profunda de nuestra propia identidad como Mercedarias de Berriz. La misión nunca ha sido solo una tarea externa, sino una manera de estar en el mundo. Ser misioneras ha significado dejarse enviar, salir de lo conocido, atravesar distancias geográficas, culturales, humanas y espirituales. Ha significado aprender otras lenguas, habitar otros pueblos, encontrarse con otras heridas, acoger otras búsquedas y dejarse transformar también por aquello que se encontraba en el camino.

«Cruzando» recoge la fuerza simbólica de la vinta, la embarcación misionera. Una barca ligera, sencilla, adaptable, hecha para avanzar, para dejarse llevar por el viento y para atravesar aguas abiertas. La barca expresa bien una misión compartida, comunitaria, capaz de navegar incluso en mares difíciles. No es una imagen de instalación, sino de camino. No es una imagen de poder, sino de disponibilidad.

En este sentido, «cruzando» habla del pasado, pero también del presente y del futuro. Cien años después, el movimiento continúa. La misión sigue invitando a atravesar nuevas fronteras: las de la cultura, la indiferencia, la soledad, la injusticia, la fragilidad, la distancia entre pueblos, generaciones y sensibilidades. Cruzar sigue siendo una manera de amar.

Fronteras

«Fronteras» es una palabra cargada de historia, de misión y de Evangelio. Las fronteras son lugares de paso, de tensión y de encuentro. Son espacios

donde se hace visible lo que separa, pero también donde puede nacer algo nuevo. En ellas aparece la diferencia, la distancia, la fragilidad, la espera, la posibilidad de una vida más plena.

Nuestra historia misionera está hecha de fronteras atravesadas. Fronteras geográficas que nos llevaron de Bérriz a otros pueblos y continentes. Fronteras culturales que nos invitaron a aprender, escuchar, inculturarnos y dejarnos afectar por otras maneras de vivir. Fronteras humanas que nos acercaron a situaciones de vulnerabilidad, pobreza, exclusión, cautividad o falta de esperanza. Fronteras espirituales donde la fe se juega en la confianza, en la entrega y en la fidelidad cotidiana.

Pero las fronteras no están solo fuera. También habitan en nosotras y en nuestras comunidades. Hay fronteras en el miedo, en la comodidad, en las resistencias, en las seguridades que protegen pero también pueden cerrar. Hay fronteras en las heridas que cuesta mirar, en los cambios que cuesta acoger, en los lenguajes que cuesta

aprender, en las nuevas realidades que piden otra presencia. Cruzar fronteras es también dejarnos convertir, dejarnos hacer de nuevo por el Dios de Jesús, una y otra vez (Documento Capítulo General MMB 2024).

Desde nuestro carisma redentor, las fronteras tienen un significado especial. Allí donde hay frontera, puede haber también cautividad, soledad, injusticia, distancia o vida amenazada. Y ahí resuena con fuerza nuestra llamada mercedaria: acercarnos, permanecer, ocupar un lugar de presencia y de entrega, abrir paso a la libertad y a la vida. La frontera, para nosotras, es muchas veces el lugar donde el Evangelio nos espera.

Por eso, hablar de fronteras en el centenario es hablar de fidelidad y de futuro. Hemos cruzado muchas a lo largo de estos cien años, y seguimos llamadas a reconocer las nuevas fronteras de nuestro tiempo: las migraciones, la pobreza, la trata, la soledad, la violencia, el deterioro de la casa común, la indiferencia, las heridas culturales y espirituales, las nuevas

formas de cautividad. Allí donde la vida se ve amenazada, el Espíritu nos vuelve a llamar a ser signo de la Merced y Misericordia de Dios.

Para

«Para» es una palabra pequeña, pero decisiva. Da dirección a todo el lema. Sin ella, «cruzando fronteras» podría quedarse en simple movimiento, en viaje, en desplazamiento. Con ella, el lema adquiere sentido. El «para» introduce una finalidad, una orientación, un discernimiento.

La misión no consiste simplemente en moverse. No se trata de cruzar por cruzar, ni de salir por salir. El «para» recuerda que todo envío nace de una llamada y se orienta hacia un bien mayor. La misión tiene un porqué. Tiene un horizonte, un fruto esperado. Tiene una razón profundamente evangélica.

Esta palabra ayuda a expresar una de las claves más importantes del carisma: la misión no brota del activismo, sino de una experiencia interior. El Espíritu Redentor es quien mueve, llama, trans-

forma y envía. El movimiento misionero nace de una fuente profunda, de una honda experiencia de Jesús de Nazaret, «nuevamente conocido y gustado» (Margarita María). Por eso, el «para» cuida el corazón del lema: recuerda que la salida tiene alma, que el camino tiene sentido y que el cruce de fronteras se ordena siempre al servicio de la vida.

También introduce una dimensión muy propia del discernimiento. No toda salida es fecunda. No todo movimiento construye. No todo avance humaniza. El «para» pregunta silenciosamente: ¿hacia dónde? ¿por quién? ¿al servicio de qué vida? Esa pregunta evita que la misión se convierta en dispersión y la mantiene unida a su raíz espiritual.

En la frase de Margarita María —«El Espíritu Redentor nos ha hecho misioneras»— hay también un «para» implícito. El Espíritu transforma para enviar. Como orientación de vida. El lema traduce esa misma lógica: hay un impulso que cruza porque hay una vida que espera ser acompañada, cuidada, liberada, fecundada.

Dar

«Dar» es una palabra profundamente evangélica y profundamente nuestra. Habla de don, de entrega, de gratuidad, de servicio. Habla de una vida que se ofrece, de una misión que nace del amor y se expresa en disponibilidad concreta.

En el contexto de una Congregación misionera, esta palabra es especialmente importante. La misión puede ser malentendida cuando se expresa solo como expansión o actividad. «Dar» la sitúa en otro lugar: en el lugar de la entrega. La misión no es protagonismo. Es disponibilidad. No es posesión. Es donación. No es centro sobre una misma. Es salida hacia el otro.

«Dar» conecta también con la tradición cristiana más profunda. Dios se da. Cristo se da. La vida cristiana se comprende desde la entrega recibida y compartida. En este sentido, la palabra lleva dentro una dimensión eucarística, redentora y pascual: una vida que se entrega para que otros tengan vida.

«Dar» puede leerse desde muchas historias concretas: educación, acom-

pañamiento, cuidado, presencia, promoción de la dignidad, escucha, servicio, cercanía a pueblos y realidades diversas. Tantas hermanas y laicos han ido escribiendo esta historia no solo con palabras, sino con gestos. Gestos de entrega cotidiana. Gestos pequeños y fieles que han abierto espacio a la vida.

«Dar» expresa además una forma humilde de estar en misión. No nos coloca por encima de nadie, sino junto a quienes caminan, buscan, sufren o esperan. Dar vida no significa poseer la vida ni controlarla. Significa ponerse al servicio de ella. Acompañar su brote. Cuidar sus condiciones. Ayudar a que pueda crecer allí donde parecía amenazada o estrechada.

Pero el “dar” de la vida misionera implica también saber RECIBIR. Durante estos cien años, la misión ha significado también recibir mucha vida de las personas y los pueblos con los que hemos caminado y caminamos hoy. Ellos y ellas nos han configurado, nos han dado nuevos rostros y nos han mostrado el Rostro de Dios. Nos han anunciado el Evangelio,

enseñado a ser Iglesia comprometida con el Reino o ayudado a reconocer su Misterio en otras religiones. Nuestro «dar» es un «dar» agradecido.

Vida

«Vida» es la palabra que ensancha el lema y lo vuelve universal. Todo el mundo la entiende. Y, sin embargo, dentro de ella cabe una gran profundidad. Vida es esperanza, dignidad, libertad, futuro, reconciliación, crecimiento, fecundidad, posibilidad de comenzar de nuevo.

Esta palabra conecta de forma muy directa con la imagen de la semilla que apareció en la reflexión marco: la semilla que se abre, que rompe la cáscara y germina en nueva vida. Esa imagen habla de transformación, de fecundidad, de proceso, de algo pequeño que lleva dentro una fuerza mayor.

«Vida» recoge también de una manera comprensible hoy la intuición redentora del carisma. La palabra «redención» tiene una hondura enorme, pero puede necesitar explicación para quienes están más

lejos del lenguaje eclesial. «Dar vida» traduce esa intuición sin perder su fondo. Redimir es abrir vida donde había encierro. Es ensanchar horizonte donde había límite. Es ofrecer esperanza donde había herida. Es hacer posible que algo nuevo brote.

Por eso «vida» no es aquí una palabra genérica. Es el fruto de la misión. Es aquello que se busca cuidar, acompañar y hacer crecer. Vida en las personas. Vida en los pueblos. Vida en las comunidades. Vida en las culturas. Vida en la fe. Vida en la creación. Vida allí donde la fragilidad pide presencia, ternura y compromiso.

En el lema, la vida aparece como destino del camino. Se cruza para dar vida. Se atraviesan fronteras para que algo pueda nacer. Se sale de una misma para que otros respiren mejor. Se responde al Espíritu para que la historia siga abriéndose a la esperanza.

Dar vida

En nuestro carisma, «dar vida» tiene una resonancia muy especial desde el Cuarto

Voto mercedario. Hoy lo formulamos como «permanecer en la misión aunque hubiera riesgo de perder la vida, si así lo exige el bien de nuestros hermanos». Esta formulación recoge y relee el Cuarto Voto original de los primeros mercedarios, aquel gesto radical de ocupar el lugar de los cristianos encarcelados cuando su vida o su fe estaban en peligro.

«Dar vida» evoca una entrega total. Evoca el seguimiento de Jesús, que da la propia vida. Implica una forma de amar que permanece cuando la misión lo pide, una disponibilidad que no se queda en palabras, porque toca la vida entera.

Para nosotras, este voto es manantial. Alimenta nuestra espiritualidad y nuestra experiencia de Dios. Expresa el Espíritu Redentor con el que Margarita María quería ver empapado todo el Instituto. Es centro desde el que vamos enfocando y dando sentido MMB a nuestra vocación y respuesta misionera: como Cristo, amar a los hermanos hasta dar la propia vida.

«Dar vida» evoca una actitud que nos identifica: dar la vida para que otros y

otras tengan vida. Esta frase nos pertenece de una manera muy profunda, porque recoge el corazón de nuestra espiritualidad misionera-liberadora. No se trata solo de ofrecer algo de nosotras, sino de hacer de la propia vida un don al servicio de la vida de los y las demás.

Por eso, en el lema, «dar vida» une directamente la frase de Margarita María con nuestra misión de hoy. Si el Espíritu Redentor nos ha hecho misioneras, ese Espíritu se concreta en una vida entregada. Cruzamos fronteras porque el amor nos mueve. Permanecemos en la misión porque la vida de los hermanos y hermanas importa. Damos porque antes hemos recibido una vida llamada a hacerse don, MERCED, para cada persona, para toda la humanidad y la creación.

El lema completo

Leído en conjunto, «Cruzando fronteras para dar vida» condensa de manera breve y actual una identidad profundamente misionera y redentora.

Cruzando expresa el movimiento, la salida, el envío y la disponibilidad.

Fronteras concreta el lugar de la misión: allí donde hay límite, distancia, herida, diferencia o llamada.

Para introduce sentido, orientación y discernimiento.

Dar sitúa la misión en la lógica evangélica del don, la entrega y el Cuarto Voto.

Vida recoge la fecundidad, la esperanza y la fuerza liberadora del carisma.

La frase tiene una estructura muy sencilla, pero muy profunda. Empieza con un movimiento y termina con un fruto. Comienza con una salida y culmina en la vida. Une misión y sentido. Apertura y fecundidad. Envío y esperanza.

Junto a la frase de Margarita María, el lema encuentra todavía más hondura:

**El Espíritu Redentor
nos ha hecho misioneras.
Cruzando fronteras para dar vida.**

La primera frase nombra la fuente. La segunda expresa su forma visible hoy. La primera habla del Espíritu que transforma.

La segunda muestra el movimiento que ese Espíritu genera.

La primera dice quién las ha hecho misioneras.

La segunda dice hacia dónde se dirige esa misión.

Y el Cuarto Voto ilumina todo desde dentro: permanecer en la misión, incluso con riesgo de perder la vida, si así lo exige el bien de nuestros hermanos. Es decir, cruzar fronteras como Jesús: amando hasta dar la propia vida para que otros y otras tengan vida.

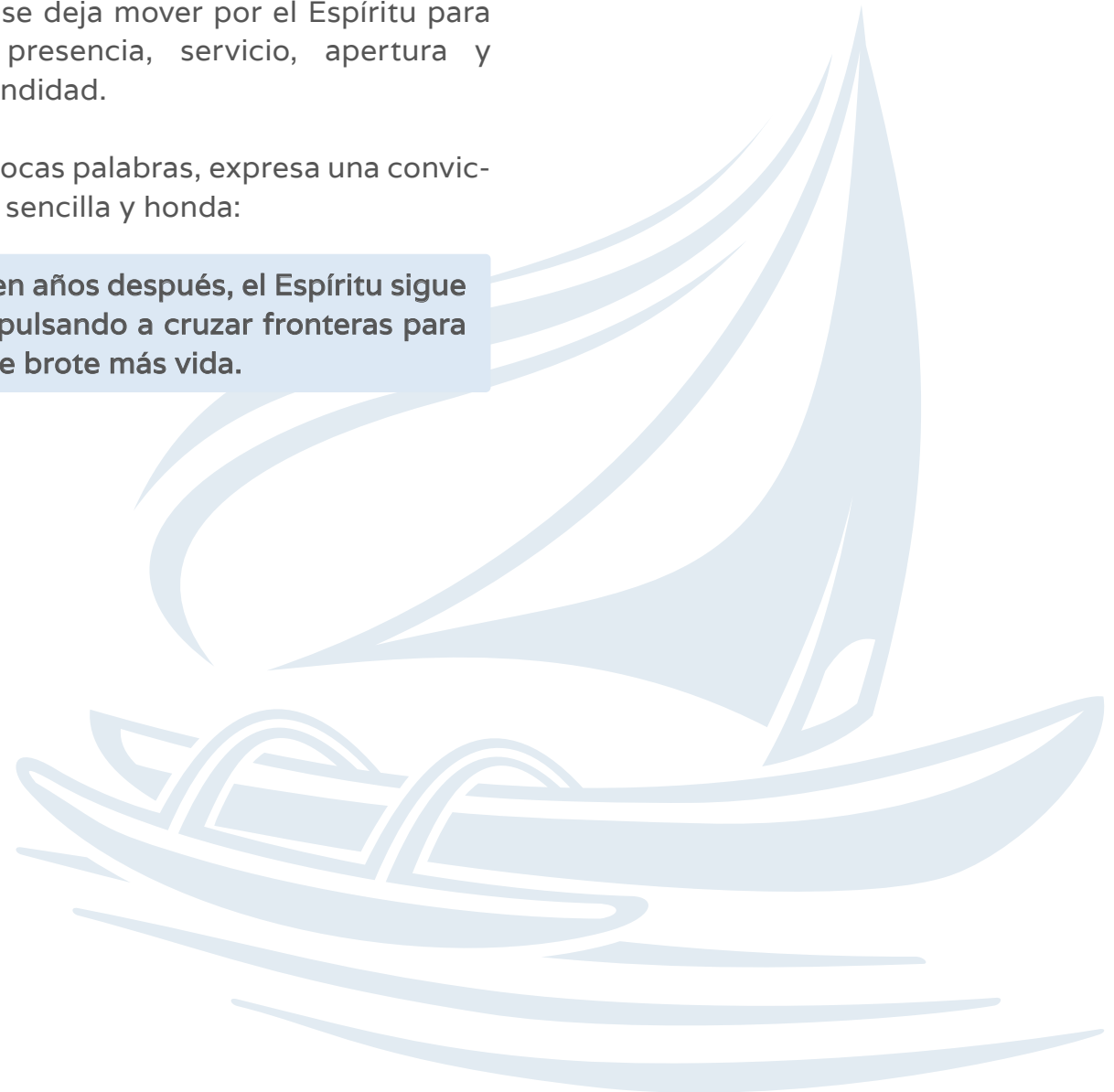
Así, este lema nos ayuda a decir con un lenguaje claro algo profundamente nuestro. Recoge nuestra historia, nuestro carisma y nuestra misión. Nos permite hablar a quienes conocen nuestra espiritualidad y también a quienes se acercan desde fuera. Tiene memoria, pero mira hacia delante. Nace de la raíz, pero abre camino.

«Cruzando fronteras para dar vida» puede acompañar bien este centenario porque habla de una historia pero también de una misión que sigue abierta.

Habla de una Congregación nacida de una experiencia profunda de Dios y enviada al mundo. Habla de una vida que se deja mover por el Espíritu para ser presencia, servicio, apertura y fecundidad.

En pocas palabras, expresa una convicción sencilla y honda:

Cien años después, el Espíritu sigue impulsando a cruzar fronteras para que brote más vida.



Logo

Al pensar la imagen del centenario, queríamos una identidad visual que pudiera expresar algo muy profundo de nuestra historia: una misión nacida del Espíritu, una vida puesta en camino y una llamada a cruzar fronteras para que otros y otras tengan vida.

La imagen quiere ayudarnos a reconocernos. Quiere recoger la memoria agradecida de estos cien años y, al mismo tiempo, abrirnos al futuro. Por eso, el logo nace de algunas intuiciones que sentimos muy nuestras: el movimiento, la apertura, la misión, la universalidad, la vida que brota, el Espíritu que impulsa y la llamada a permanecer allí donde el bien de nuestros hermanos y hermanas lo pide.

En el centro de la reflexión está la frase de Margarita María:

«El Espíritu Redentor nos ha hecho misioneras».

Esta frase es la raíz. El logo quiere hacer visible ese dinamismo. Un Espíritu que no encierra, sino que envía; una redención que no se queda en idea,

sino que se convierte en vida entregada; una vocación misionera que sigue atravesando fronteras.

La vinta

La imagen principal del logo es una embarcación inspirada en la vinta, una barca que en nuestra tradición visual nos ayuda a expresar el movimiento misionero. La vinta es signo de salida, camino y misión.



La barca habla de una forma concreta de vivir la misión. Una barca no existe para quedarse quieta. Está hecha para avanzar, para atravesar aguas, para dejarse conducir por el viento, para llevar vida de una orilla a otra. Es una imagen sencilla y, a la vez, profundamente misionera.

La barca expresa también comunidad. Nadie navega sola. La misión se vive con

otras, se discierne con otras, se sostiene con otras. En la barca caben la vida compartida, el envío común, la fragilidad asumida y la confianza de quienes se ponen en camino porque creen que el Espíritu sigue abriendo rutas.

Esta embarcación nos recuerda además la historia de tantas hermanas que salieron de lo conocido, aprendieron otros lenguajes, se acercaron a otros pueblos y dejaron que la misión ensanchara su corazón. La barca recoge esa memoria de movimiento, pero también nos pregunta por las travesías de hoy: qué mares tenemos que atravesar, qué pueblos nos esperan, qué fronteras nos llaman.

La embarcación incorpora un elemento lateral que ayuda a evocar estabilidad. Esta parte es muy importante, porque la misión necesita impulso, pero también equilibrio. Necesita salida, pero también comunidad. Necesita audacia, pero también raíces.

Esta pieza puede leerse como signo de la vida comunitaria que sostiene la

misión. La comunidad permite navegar en mares difíciles. Nos ayuda a discernir, a permanecer, a cuidar la dirección, a sostener la entrega cuando la travesía se vuelve exigente.

Aquí se puede reconocer también una resonancia del Cuarto Voto MMB. Nuestra vocación redentora no se expresa solo en salir, sino también en permanecer en la misión cuando el bien de los hermanos y hermanas lo pide. Permanecer es una forma profunda de cruzar fronteras. Permanecer es seguir ahí cuando la vida del otro reclama presencia, fidelidad y entrega. Por eso, el logo no habla de una misión individualista o heroica. Habla de una misión sostenida, comunitaria, encarnada. Una misión que avanza porque tiene raíz. Una misión que puede arriesgar porque se sabe enviada. Una misión que da vida porque está sostenida por una espiritualidad de entrega.

La vela y el viento

La vela ocupa un lugar central en la imagen. Se eleva, se abre y recibe el

viento. En ella reconocemos una de las claves más hondas de nuestra espiritualidad: la misión no nace solo de nuestras fuerzas, sino del Espíritu que llama, mueve, sostiene y envía.



El viento no se ve directamente, pero su presencia se reconoce en el movimiento de la vela. Así también actúa el Espíritu. No siempre se deja atrapar, pero transforma, orienta, empuja, abre caminos. La vela es, por eso, una imagen de disponibilidad: solo puede avanzar si se abre al viento.

Para nosotras, esta parte del logo recuerda que la misión nace de la escucha. Antes de cruzar fronteras, hay una experiencia profunda de Dios. Antes de salir, hay una llamada. Antes de dar

vida, hay una vida recibida. La vela abierta expresa esa actitud interior de confianza, disponibilidad y respuesta.

La forma ascendente de la vela habla también de esperanza. No es una vela pesada ni cerrada, sino ligera, elevada, orientada hacia delante. Sugiere futuro, impulso, horizonte. Nos recuerda que el centenario no mira únicamente hacia atrás, sino también hacia lo que el Espíritu sigue queriendo abrir en nosotras.

El mar

El mar sostiene la barca. Es el espacio abierto de la misión. En la reflexión visual del centenario, el mar aparecía como imagen del mundo, de los pueblos y del horizonte al que hemos sido enviadas.



Para nosotras, el mar habla de amplitud: de culturas, caminos, encuentros, riesgos y promesas. El mar nunca es

completamente seguro; por eso exige confianza. Navegar implica aceptar la incertidumbre, reconocer la fragilidad y, aun así, ponerse en camino.

El mar expresa también las nuevas fronteras. No es un espacio cerrado ni controlado. Es lugar de travesía. Hoy esas aguas pueden tener muchos nombres: migraciones, soledad, pobreza, violencia, trata, heridas espirituales, cambios culturales, fragilidad de la casa común, búsquedas nuevas de sentido. Allí donde la vida se ve amenazada, la misión vuelve a encontrar su lugar.

La barca sobre el mar nos recuerda que cruzar fronteras no es solo llegar lejos. Es acercarse con ternura, aprender a mirar, permanecer cuando el camino se vuelve difícil y confiar en que Dios sigue actuando en medio de las aguas.

El movimiento

Las líneas que acompañan la vela y la barca expresan movimiento. Son viento, camino, horizonte, corriente, impulso. Nacen de la parte posterior de

la imagen y se proyectan hacia delante, como si toda la historia recibida siguiera empujando la misión.



Estas líneas, que en el logo aparecen en colores, dialogan con la fuerza de los elementos —agua, fuego, viento y tierra— como expresión de dinamismo, fecundidad, comunidad y universalidad.

Visualmente, estas líneas ayudan a que el logo no sea una imagen estática. Todo en él parece estar en camino. El viento empuja, el mar sostiene, la tierra da fecundidad, la luz abre horizonte. Los elementos no aparecen como sím-

bolos separados, sino integrados en un único movimiento misionero.

También expresan diversidad. Cada color aporta una resonancia distinta, pero todos avanzan en la misma dirección. Esta es una imagen muy significativa para nosotras: distintas culturas, pueblos, lenguas, presencias y sensibilidades, unidas por una misma misión. La universalidad no aparece como dispersión, sino como comunión en movimiento.

El escudo

El logo integra la identidad MMB y la referencia al centenario. Esto permite unir la memoria institucional con la imagen nueva de la celebración. Queremos expresar que estos cien años brotan de una historia concreta, de una familia carismática y de una misión recibida.

El sello de los 100 años recuerda que celebramos una historia con nombres,



comunidades, pueblos, envíos, trabajos, cansancios, alegrías, fidelidades y fecundidad. Los cien años son una memoria viva.

A la vez, el modo en que aparece integrado en la imagen ayuda a mirar el centenario como impulso, como una oportunidad para volver a la fuente, agradecer el camino y dejarnos enviar de nuevo.

El conjunto une así tres dimensiones: identidad, memoria y misión. Somos MMB. Celebramos cien años. Y seguimos cruzando fronteras para dar vida.

Los colores

La paleta cromática del centenario nace de la intuición de que una misión que cruza fronteras necesita expresar profundidad, movimiento, diversidad y vida. Los colores funcionan como un pequeño lenguaje simbólico que acompaña al logo y al lema.



Azul índigo

Es el color de la hondura, de la interioridad y de la raíz espiritual. Evoca una misión que no nace de la superficie, sino de una experiencia profunda de Dios. Aporta serenidad, confianza y sentido.

Azul profundo

Refuerza la dimensión de camino y travesía. Nos remite al mar, al horizonte, a lo desconocido que se abre ante quien se deja enviar. Es un color de misión, de anchura y de confianza en medio del viaje.

Arena

Conecta con la tierra, los pueblos y la realidad concreta. Recuerda que la misión no se vive en abstracto, sino en lugares reales, con personas reales, en caminos compartidos y culturas diversas.

Dorado

Aporta luz, impulso y calor. Evoca el Espíritu que mueve, la vida que irradia y la fuerza interior que empuja a salir. No es un dorado de lujo, sino de energía y presencia luminosa.

Verde tierra

Habla de fecundidad, germinación y esperanza. Conecta con la semilla que se abre y con la vida que crece. Es el color del fruto, de aquello que brota cuando la misión se entrega.

El conjunto

El logo quiere expresar una identidad en camino. Una imagen llena de dirección, viento, agua, horizonte y vida. Todo en ella habla de salida, pero también de raíz. Todo habla de movimiento, pero también de sentido. Todo habla de misión, pero también de entrega.

MMB
+
100
años



**Cruzando fronteras
para dar vida**

Mercedarias Misioneras de Berriz

Esta imagen puede ayudarnos a celebrar los cien años con memoria agradecida y mirada abierta. Nos permite reconocer lo vivido y, al mismo tiempo, escuchar las nuevas llamadas del Espíritu.

La barca nos recuerda que somos enviadas.

La vela nos recuerda que el Espíritu nos impulsa.

El mar nos recuerda que el mundo sigue esperando vida.

Las líneas nos recuerdan que la misión está en movimiento.

Los colores nos recuerdan la riqueza del carisma.

El lema nos recuerda el sentido profundo de nuestra entrega.



Mercedarias Misioneras de Berriz

100 años

Cruzando fronteras para dar vida

desarrollado por:



junio de 2026